

SAN CAMILO O LA PEDAGOGÍA DE LA BESTIA



Un relato de malos tratos en el Colegio Academia Rapariz en la década de los años cincuenta del siglo XX en la ciudad de Ferrol

Autor: José Luí­s Calvo Casal
Ilustraciones: Pedro J. Rey Alarcón
Enero 2022

INTRODUCCIÓN

Lo que vas a leer no es un relato de ficción, es la pura realidad de los malos tratos que sufrieron alumnos en la ciudad de Ferrol en la década de los cincuenta del siglo pasado, aunque ya venían sucediendo desde muy atrás (años treinta y cuarenta) extendiéndose a los sesenta, (incluso hay quien habla de los setenta) en un colegio academia de bachillerato de nombre Rapariz, principalmente a manos de su director, Camilo Fernández, un nombre que quedó grabado para siempre en la memoria de cientos de personas que tuvieron la desgracia de pasar por sus aulas, quien, sin embargo, llegó a su vejez sin tener que dar cuenta de aquello y sin que nadie se lo demandara, por una parte, porque estábamos sometidos al régimen autoritario de una dictadura que facilitaba la impunidad de los malos tratos, y por otra, por la capacidad de este individuo para moverse entre el sector dominante y cultural de la sociedad ferrolana, solapando la parte bestia de su personalidad que inmisericorde activaba en el centro educativo.

Es un hecho que Camilo Fernández se ensañó con muchos alumnos, pero no fue él solo quien maltrató en aquella fauna profesoral, aunque sí el más malo, donde otros energúmenos emulaban al jefe repartiendo estopa con bastante fe.

"San Camilo o la Pedagogía de la Bestia" sintetiza el bipolar comportamiento de un personaje que podía pasar en un instante de empático y amable a cruel canalla transfigurado en bestia, puro nervio entre gritos, amenazas

y golpes; un círculo cerrado de maltrato físico y psicológico.

El presente relato se ciñe a los cursos 1955/56 y 1956/57, cuando estuve allí de alumno.

Querido lector, querida lectora, el testimonio que a continuación vas a leer tiene su origen en el borrador que redacté con el mismo título a primeros de los años ochenta a modo de terapia psicológica para deshacer de mi mente el barullo emocional que me había causado un hecho impactante que me sucedió en una visita que hice a Ferrol (residía fuera). Esa circunstancia y el motivo de que "San Camilo..." haya visto la luz cuatro décadas después de redactar aquel borrador lo explico a continuación.

Sucedió que una tarde estando de paseo con mis padres por el centro de la ciudad, observamos en la acera de enfrente a un pequeño grupo de hombres jubilados que charlaban animadamente, sobresaliendo uno que hablaba con cierto énfasis y agitaba sus brazos. Entonces, mi madre, me dijo: ¡Mira quien está allí...! ¡Era Camilo el de Rapariz!

No olvido la fuerte impresión que me dio aquella figura parlante, pues al identificarlo me sentí de golpe como un niño de colegio, vulnerable y paralizado, sin capacidad de reacción y que me descolocó, porque yo tenía treinta y cuatro años y trabajaba de maestro en la enseñanza pública. No me cuadraba esa pérdida de control.

Psicológicamente desarmado me di cuenta de que, a pesar del tiempo transcurrido, aun tenía anclado en los circuitos

cerebrales un traumatismo emocional desde niño que se activó nada más volver a ver la causa que lo había originado.

Aquella visión sorpresiva y la reacción emocional consiguiente, fue el motivo de dar forma por escrito al contenido de la memoria con el fin de liberar la mente y depurar buena parte de los miedos y traumas que aun estaban archivados en el profundo subconsciente del cableado neuronal. No de todos, porque la "marca de la casa" queda impresa hasta el final. Superada la catarsis y cumplido su fin, el escrito quedó archivado en formato borrador.

Así las cosas, cuando habían transcurrido más de treinta años (2013), un nuevo acto se abrió en la escenificación de la historia, al publicar la Voz de Galicia en la columna semanal "Ferrol, Ferrol, Ferrol, onde eu nacín", una entrega sobre Camilo y el maltrato a los alumnos en la academia Rapariz. Entrega redactada por Siro López Lorenzo, destacado artista gallego de artes plásticas y articulista periodístico de reconocido prestigio, quien también es antiguo alumno.

Agradecí de inmediato aquel artículo y otro más que de seguido Siro publicó debido al impacto que el primero causara en el entorno de la familia de Camilo y en algunos miembros de la sociedad ferrolana, pues percibí que lo que sentía mío desde niño era compartido y hecho público. Bienestar que creció cuando supe que otras víctimas que lo leyeron reconfortadas se comunicaron con él.

Le remití una copia del antiguo borrador como aportación a la memoria histórica del caso y después ambos conversamos animándome a que le diese forma definitiva y lo sacara, aunque habían de transcurrir nueve años más, pues las cosas guardadas en la mente llevan su tiempo de maduración, no entienden de relojes ni de calendarios y la razón se tiene que acomodar.

Cuando La Voz de Galicia lo hizo público se produjo un cierto malestar y conmoción entre quienes recordaban a un Camilo Fernández cercano y seductor, nada parecido al que debieron enfrentarse con "el impacto Siro", bien porque algunos desconocieran su rol de maltratador o porque conociéndolo, al contextualizarlo en un mundo doblegado por una dictadura, relativizaron y validaron la violencia brutal contra los alumnos interpretando a un respetable ciudadano y supuesto buen padre de familia que solo buscaba el bien de la academia.

Sobre aquello se corrió un tupido velo y solo las víctimas hubieron de llevar, cada una por su cuenta, la pesada mochila de sus traumas infantiles a lo largo de sus vidas.

Dicha contradicción, estudiada y acuñada tiempo después por Hannat Arendt ("La banalidad del mal"), hace de Camilo un ejemplo perfecto: el de un supuesto buen padre de familia y ciudadano ejemplar que apalea a sus alumnos en el cumplimiento del deber de elevar rendimientos educativos por el honor de la academia, sin asumir conducta disruptiva alguna en el orden ético y moral de su conciencia, para lo cual se aplicó, sin ningún reparo, en utilizar los medios adecuados, con la intensidad adecuada, en un momento político adecuado, igual que hicieron otros

maestros "Camilo" que brotaron en aquella España muerta formando parte del paisaje.

Como queda dicho, Camilo Fernández, tenía una doble personalidad. En el texto aparece representada su afición a la lírica, de lo que presumía, romántico y sublime, en un recital que dio la tarde de algún sábado ante la presencia de alumnos y algunos profesores; pero, a su vez, queda reflejado el Camilo Bestia en los testimonios de voces anónimas que aportó desde mi propia experiencia y de lo que fui testigo, entreverado a lo largo del hilo argumental que conforma el relato.

Las ilustraciones que aparecen son de Pedro J. Rey Alarcón, ya fallecido, maestro y compañero en el CEIP "Cerro Coronado" de Málaga en los años ochenta, al que un buen día le mostré el borrador y le pedí su aportación como dibujante. Ahora, texto e ilustraciones los considero inseparables junto al cariño y respeto que mantengo a su memoria.

Como colofón se incluyen los dos artículos de Siro López Lorenzo que publicó en La Voz de Galicia y algunos testimonios de antiguos alumnos que he bajado de Internet.

SAN CAMILO O LA PEDAGOGÍA DE LA BESTIA

Las palabras y gestos de Camilo el Santo transubstancian angustias semanales de los alumnos en espacio de paz adulterada durante el recital poético en la Sala de Estudio de la academia.

Le salen al Santo, con la Bestia en la trastienda de su intrínseco mental, palabras eternas, graves y profundas, en la tarde gris de un día espeso, ante miradas abatidas de ternura impostada. Una mezcla de emociones en la cita poética de la Bestia Santo o del Santo Bestia, que tanto da.

Mezcla de difícil digestión después de una semana de terror: odio, amor, bestia, ángel, látigo, poesía, palo, zanahoria... allí, con la vana pretensión de conseguir armonía donde solo hay temor, ante las mismas fauces del bifronte.

En el estrado, la bandera de España presume gestas inmortales en los símbolos golpistas de la guerra. Un jarro con flores le da un toque amable al acto culto y lágrimas resbalan las mejillas del poeta dormido en los laureles.

"Este poema lo escribí en Madrid bajo la sombra de un árbol en un banco del Retiro, aquel año cuando..."

(Se emociona)

Niños en pupitres gimen en silencio en la sala catacumba; pajarillos sin alas obligados al tedioso artificio de estudiar para el día de mañana bajo la presión de los castigos corporales.

Pajarillos que aprenden reverentes, reclinados en aquel lugar de lamentos en el que caen, como rayos, palos en manos y nalgas mientras las palabras de la Bestia, ahora Santo, remolinan lirios y amapolas ante los pobres agobiados que viajan sin brújula por la siniestra Sala de Estudio; a temblar frente al basto que preside las aulas

porque el arte del poeta no logra transmutar el miedo en Parnaso.

Tampoco palabras de amor adormecen sentidos ni ahogan penas ni borran el estigma que cada pajarillo lleva ardiendo entre sus manos.

Loas para los de nervios de acero, para quienes recitan lecciones aprendidas de memoria sin un solo error. Para los demás... ni el mismo infierno basta: estancias de rodillas en el duro terrazo de la Sala de Estudio, azotes en nalgas, en manos, bofetones que escuecen en la cara, ceros a montones, desprecios y salidas a las nueve de la noche. El Santo se desdobra en Bestia cuando toca y maneja la batuta del maltrato cuando quiere.

"A mi me hincó un clavo oxidado en la mano derecha al terminar la clase. No sé lo que pasó porque la estaca no estaba y mandó a un alumno al patio exterior a que trajese la que viera entre los escombros de una obra. No la examinó y, con la misma, como yo era el primero de la fila, me sujetó firme por la muñeca y me atizó con violencia. Sentí un dolor punzante y grité al ver la sangre. "No se ponga nervioso", me gritó. Luego me llevó a su despacho y me hizo las primeras curas. Llamó a mis padres y practicó el número de las disculpas. En fin, se arregló. Era lo que había en aquel tiempo."



"Estábamos en la clase y al final ordenó "¡Cierren las ventanas!" Imaginen lo que vino luego."

"Una vez me vio venir por la calle antes de entrar en la academia. Me paró sonriente y preguntó si me gustaba el fútbol. Me dio un caramelo y tenía más en el bolsillo. También una palmadita en la cara".

Pocas son las veces que llega cachazudo. Cuando es así, ¡hay que verlo entrar y dirigirse a los alumnos con frases amables! Se desatan festivas las risas de alivio y alguna carcajada.

Qué bien recibirlo de tan buen humor, pero la Bestia ruge y el Santo se transforma: "Castro, vaya a Estudio y tráigame la estaca". La espera se hace tensa y las manos ya duelen. "¡Usted, cierre las ventanas!" ¡Alabado sea Dios!

¡Cómo disfruta el lírico momento! Repasa el cabello con la mano y, ebrio de la miel que adoba sus sentidos, reparte miradas de placer, sintiendo el delirio imaginario del laurel prendido en su cabeza.

"...llevo conmigo tus aires... y el aroma del salitre, arenas de Doniños... "*

(recita emocionado)

Siempre en traje y corbata, rostro alargado en cuerpo enjuto y más bien alto. Vida y muerte en su mirada. Pómulos salientes. Manos firmes que sujetan bien la estaca... Anda a zancadas imperiosas, si bien en la calle camina despacio si a su lado lleva buena compañía.

Las paredes retumban cuando habla y no amenaza en vano. Que se preparen nalgas y se froten manos cuando aprieta dientes y tensa la mandíbula. "No nos dolerá si aguantamos la respiración". Y si tiene o no tiene una úlcera escrita en el estómago, los gestos son de que le duele en clase. En ese caso ¡ay de los infelices!

San Camilo es la ortodoxia de la pedagogía anclada en la Edad Media. No pierde el tiempo en el arte de enseñar, va por los atajos. Fanático de la línea ancestral de castigar el cuerpo para salvar el alma, es un producto de las malas digestiones del sistema.

Ahí está ahora en la vencida escena pidiendo atención y repartiendo versos. Fija la papanatas devoción de los serviles profesores en una pausa ensayada al retirar un mechón de la frente y sonrío complacido a los niños de otro mundo.

"Este otro lo escribí estando convaleciente en..."

Pródigo en ejecutar sentencias dictadas por él mismo tiene brazos a sueldo, alguno tan capaz como su jefe. Contradictorio al máximo, bien y mal hecho persona, dos caras de la misma moneda. Asume que el cielo está puesto a su servicio para la bella causa, nace Santo y Bestia en la noche de los tiempos y no muere nunca.

"Un día lluvioso de otoño suspendieron las clases. ¡Todos a estudio, venga, a Estudio! La sala grande de la academia estaba llena con mucha expectación ante la llegada de Camilo, el director.

*"Aquí tengo la lista de los alumnos que anteayer y ayer mismo se fueron sin cumplir el castigo de quedarse hasta las nueve de la noche. Esto se va a acabar con un escarmiento. Conforme los nombre acérquense."
"Enrique... ¡Servidor! ¡Venga aquí!"*

El alumno iba despacio, muerto de miedo. Lo sujetó, lo plantó de rodillas en un banco de pupitre y lo azotó con fuerza con la estaca en las nalgas, luego, de pie, le dio un par de guantazos y lo mandó de rodillas en el suelo.

Continuó así con otros hasta que nombró a un tal Muíño, de tercer curso, quien desde su asiento le informó del

motivo de la fuga. Dijo que su padre le había dado permiso para no quedarse porque le ayudaba en casa con clases de repaso. Eso lo puso fuera de sí. ¡Venga aquí! ¡Venga aquí!! "¡Es que mi padre...!" Cuando llegó a la altura de la puerta, con un rápido giro corrió y escapó escaleras abajo, hacia la calle.

A continuación, gritos y amenazas encogieron el ánimo de los presentes, pero como recordara que los Muíño eran tres hermanos "¡Qué venga el de sexto!" gritó. Muíño se puso en pie y desde el fondo de la sala dijo que su hermano tenía permiso de su padre. "¡Venga usted aquí! Otra vez, con voz atronadora.

Cuando Muíño estuvo frente a él, volvió a insistirle con lo del permiso de su padre y recibió dos bofetones de cuidado. Entonces el muchacho, alto y fuerte, lo sujetó por la pechera con ambas manos "¡Si no fuera usted mayor...!" Recuerdo bien la escena: Camilo paralizado, con los brazos abajo. Muíño lo suelta y se va enérgico a la calle.

Tras un tenso silencio nos miró fijamente, revolvió los cabellos con nerviosas manos y nos dijo que los dos alumnos quedaban expulsados y que no podrían estudiar en ningún otro centro; de eso ya encargaría. Entonces recordó que había en la sala otro Muíño, el de segundo curso, al que llamó imperioso para que se acercase. Cuando el pequeño Muíño se fue aproximando, Camilo le gritó "¡Toda la culpa la tiene su padre!" El niño, sin pensarlo, echó a correr tras sus hermanos.

De nuevo otro escándalo. Aquel hombre, gritaba con los nervios alterados "¡Expulsados, expulsados los tres!" Y venga a repetir lo de la falta de educación y de respeto... Los alumnos, por su parte, estábamos orgullosos de los hermanos Muíño.

Ya no hubo más palos y se salvó el resto de la lista. Al cabo de unos días las aguas volvieron a su cauce. Muíño, el padre, al parecer militar de carrera, y Camilo, llegaron a un acuerdo; se organizó el número de los perdones y disculpas; los tres hermanos regresaron."

Ciertos profesores son fieles acólitos del ensalzado líder y cumplen devotamente las tareas del altar ¡Hay que terminar con los alumnos incompetentes! mientras lamen la estampita del Santo; y aunque a esa especie excluyente de la pedagogía se les tiene menos miedo, atizan duro y con bastante fe.

Solo unos pocos respetan y se hacen respetar... son los docentes de asignaturas marginales: Religión, Dibujo...

"Nunca olvidaré un profesor al que llamábamos Patata. Odiaba a los alumnos ¡Qué bofetones repartía! A veces nos obligaba a escoger entre las nalgas o la cara. En una ocasión le dijo al primero de la fila "¿qué escoges, en el culo o en la cara?" Escogió en el culo; y así varios más, hasta que el último prefirió en la cara. Pues bien, a los del culo les atizó de lo lindo y al de la cara solamente un suave cachetito. Era un sádico."

Fuera cierto o no, corría por la Sala de Estudios un hecho sucedido tiempo atrás. Los alumnos se confortaban con

oírlo. Se decía que cuando era responsable en la academia de una clase de cultura general amenazó con pegar a uno a quien gritaba lleno de furia que lo iba a matar. En la clase de al lado alguien le tenía mucha hinchazón por abusador y bravucón; le daba coraje oírlo amenazar y maltratar de manera continua. Como quiera que esa vez no pudo contenerse, salió de su aula, entró en la de él, se abalanzó, le sujetó por el pecho y le gritó "¡a quién va a matar usted!" Contaban que el profesor, pálido y desencajado, replicaba sin aliento "¡suelta, suelta!" y que el alumno justiciero, finalmente expulsado, le rompió el jersey por el medio, quedando abierto en dos partes.

En la Sala de Estudio el tiempo discurre muerto entre clase y clase, aunque en el fondo no dejan de comunicarse en un bullir clandestino de bajo sonido para eludir la mano fácil del androide. Colectivos de alumnos entran y salen semejando barcos en el muelle portuario. Intercambian noticias y se informan del mal o buen humor de los profesores. El que vigila impone el silencio a base de guantazos y al suelo de rodillas. Pasa y repasa el corredor central de la sala en la doble sesión de mañana y tarde. A las seis llega el fin de su jornada y lo sustituye otro vigilante para atender a los castigados, hasta las nueve de la noche.

"Por qué te fuiste de mi / mariposa traicionera..."

(recita lastimero)

Allí, en aquella sala, a los que interrumpen el estudio les puede caer el manotazo sorpresa o el largo rato de rodillas. Recibe, además, a los que llegan de una clase con la correspondiente lista que repasa para expurgar a los que

tengan ceros: cuatro fuertes estacazos en las nalgas, algún tortazo de propina y al suelo de rodillas.



A pesar de la represión, los alumnos previenen el maltrato con contravigilancia para sortear las acometidas del androide; se cuentan películas, cuentos, historias de barrio, planes... aunque, de vez en cuando, suenan cachetazos y gritos añadidos.

"Haría unos veinte minutos que estaba yo repasando una lección en la Sala de Estudios, y harto, lo mismo que mi compañero, nos pusimos a hablar en un susurro. No sé

como fue, el caso es que, sin darme cuenta, me cayó desde atrás una trompada de campeonato que impactó en mi cuello y parte derecha de la cara. Me conmovió el interior de la cabeza. Recuerdo que lloré de impotencia; y gracias a que esa vez no me envió de rodillas al suelo."

Los alumnos dedican el tiempo a repasar lecciones y a hablar muy bajo; si el murmullo general eleva su volumen se activa, ipso facto, el mecanismo rutinario del grito programado o el fuerte estacazo en la mesa que preside la sala. Para pedir ir al váter hay que ponerse en pie, esperar a que te mire y señale vía libre con un gesto que casi siempre es no. Si dice sí, ir al servicio es una liberación.

"Estaba yo en el cuartito del váter de la Sala de Estudios aprovechando para mirar por la ventana la libertad exterior y, en esto, se fue elevando el murmullo y, de seguido, fuertes voces y un silencio inmediato. A continuación, un ruido como de muebles chocando entre sí y voces que identifiqué de Camilo, el director. Él, en persona, había entrado a imponer el orden. Preocupado, dejé pasar varios minutos hasta que el silencio quedó restablecido. Luego me contaron que cundió el pánico. Había bajado frenético con un grupo de alumnos de una clase a golpes y gritos."

Sala memorable, reducto de inteligencias en salmuera, aparcería caliente de energía reprimida y aplacada. Codos y pechos volcados en tableros afanan grafos y guarismos para el día de mañana. Los errores se cobran en maltrato, no hay otro misterio en la mística bifronte. Ya en la clase, se harán cuatro preguntas y caerán ceros por los fallos en el recitado de memoria. La molienda allí mismo o en la

Sala de Estudio. No hay escapatoria. Se cumple la metodología.

"Teníamos una profesora que nos daba geografía. Estuvo poco tiempo, pero mientras estuvo fue muy competente. Buena persona, educada y respetuosa con los alumnos. Con ella aprendíamos con apuntes sin necesidad de libro. Era una mujer joven. En una ocasión se enfadó con nosotros y nos puso un cero general. Le dijimos lo que iba a pasar en la Sala de Estudios con el vigilante. Decía que no podía ser que por un cero nos trataran de esa forma. No lo creía.

Cuando llegamos a Estudio, el vigilante sonrió al ver tantos ceros. Al rato de comenzar a dar leña apareció la profesora, supongo que para comprobar que no pasaba nada. Se enfadó bastante y discutió con él. El vigilante movía los brazos sin soltar la estaca. Ganó el malo porque se fue muy indignada. Ya no volvió y dejó la academia."

En la Sala de Estudio hay que combatir el tedio y engañar a la aguja del reloj. Los momentos más felices se dan cuando los alumnos juegan clandestinos a soportar cosquillas, a aguantar la respiración, la risa o a los submarinos. Los niños, es lo que pasa, juegan hasta bajo un bombardeo. Todo acaba cuando llega el profesor que se los lleva para darles una clase.

"Este poema lo compuse hace un año en Madrid. En un banco del Retiro, con mucha nostalgia de mi tierra."

"... y el manto de arena de mi playa batida..."

(recita)



Sala de Estudio para juicios fulminantes. Sala de Estudio para recitales y lloros. No hay lugar para la fuga en este laberíntico túnel. Los enfermizos y sensibles sucumbirán más pronto que tarde. Caerán en el abismo del fracaso por los toboganes de los ceros hasta los suspensos de junio. Luego vendrá un verano aun más aburrido para purgar errores.

La didáctica de la Bestia aprieta tornillos las veces que haga falta en la criba escolar. O estudiar de memoria sin descuido ni fallos o al albero de las fieras, esas fieras que

acosan en las noches agitadas y causan más horror que las fieras reales del día. Estamos en la España del látigo, y San Camilo / Bestia, lo hace restallar en la academia de vértigo.

A veces llegan noticias que inducen esperanza: El Santo agoniza y la Bestia va a morir en casa, pues Camilo, en realidad, son dos personas; es el misterio de la Santísima Dualidad.

Con el fin de que la palme ruegan al que todo lo puede que lo lleve al otro mundo ¡Enorme decepción! pues vuelve, si cabe, más fuerte, más robusto y más Bestia desbordado en salud. Los deseos no siempre coinciden con la realidad. En este caso nunca.

"Recuerdo lo del afilelápices de manivela que compramos los alumnos por mandato de la academia. Nos pareció increíble. Era una pequeña máquina para afilar lápices de todos los grosores que compraríamos nosotros para colocarlo y sujetarlo con tornillos sobre la mesa que presidía la Sala de Estudio. Los libros de la biblioteca también se compraron de la misma forma: pagando una cuota semanal durante muchísimas semanas. Todavía tengo presente aquellos libros que casi nadie leía por su difícil acceso.

Volviendo al afilelápices... Una mañana lo vimos al entrar, estaba sujeto en una esquina del tablero de la mesa. ¡Imagínense!, colas de alumnos mañana y tarde a afilar sus lápices. ¡Qué placer nos daba el manejo de la manivela, y ver, en un instante, la punta del lápiz afiladita y limpia! ¡Y las virutas en espiral al descargar el

vigilante, cada dos por tres, el cajoncito lleno! Tanto placer nos daba que, al regresar al banco, partíamos la punta del lápiz para volverle a dar a la manivela.

La cara del vigilante era un poema. Ordenaba la fila; intervenía en las disputas, y espiaba si llevábamos el lápiz descabezado. Lo peor es que se veía obligado con frecuencia a extraer el cajoncito de las virutas y se ponía de los nervios.

La ocurrencia se les complicó. La maquinita era nuestra y era un problema prohibirla. Así y todo, duró solo una semana. No la volvimos a ver y fue mucha la desilusión. Más tarde nos enteramos que la tenía el director en la mesa de su despacho. Se ve que no la merecíamos por ser poco responsables. Si la dejaran una semana más, a lo mejor, se calmarían nuestras ansias de novedad."

Circulan en la Sala de Estudio rumores de unas cartas de su puño y letra que recibe la dueña de un quiosco, y si el Barcelona pierde al fútbol, el lunes entra con su faz de Bestia y los alumnos temblando. Por el contrario, si gana, llega calmado, aunque el final de la clase es impredecible. Todos los domingos pendientes del resultado en las radios hogareñas.

"En la planta baja había un aula destinada a laboratorio, sin muebles ni material, y conforme se entraba, se sentaban a la izquierda los alumnos en unas gradas. Una mesa de piedra presidía el aula y Camilo esperaba sentado.

La mesa era la del "tormento". Teníamos que doblar el cuerpo, reposar los codos en la piedra y recibir las raciones de palos correspondientes en nuestros traseros. Nos daba clase de gramática, y en las gradas esperábamos callados y formales en un ambiente tenso por el miedo. Entonces se acercaba, colocándose de pie frente a nosotros: "¡pónganse en pie los que sepan la lección!" Llenos de susto se ponían de pie solo unos pocos y les decía: "bien, bien... sepan que como se equivoquen en alguna de las preguntas, van a llevar ustedes más palos que los que están sentados" "¡Piénsenlo bien!" Y, claro, poco a poco, se sentaban varios. Los que quedaban eran los de nervios de acero.

Exigía todo de memoria, una carrerilla de palabras, tal como estaba en el libro, y sin titubeos. Al primer fallo quedaba uno señalado para el reparto posterior de raciones.

Al final de la clase cogía la estaca, nos ponía en fila, y, de seguido, pasábamos por "la mesa de los tormentos". Una mano firme y tensa nos doblaba y luego nos daba con fuerza rápidos estacazos.

El castigo dolía a rabiar, con lloros y lamentos. Cada uno frotaba su culera y contorsionaba el cuerpo. Después, en la Sala de Estudio, el vigilante nos dejaba en paz porque sabía que ya veníamos servidos.

Algunas veces alguien se salvaba de recibir la ración de estacazos. Hacía como que Camilo ya le había zurrado e imitaba a la perfección los gestos de dolor y contorsiones en aquel rebumbio de ayes y lamentos.

Fui testigo de un hecho que nos conmocionó bastante en una de esas sesiones de tortura, el que sufrió un alumno que no supo la lección. Ocurrió que a Camilo, fuera de sí, se le soltó de la mano la pluma estilográfica y, esta, al primer movimiento de despegue, derramó un chorrito de tinta azul sobre la chaqueta del traje marrón claro y se rompió el plumín.

Al pobre le aplicó una serie de guantazos del derecho y del revés; lo derribó al suelo y le siguió dando con tal violencia que no hacía más que gritar "¡Don Camiliño, por Dios, no me pegue más!" Nunca podré olvidar aquellos gritos, la violencia empleada y la figura del descomunal maltratador.

Aun más nos impresionó que fuera un alumno de los más fuertes, de los que aguantaban mucho "¡Don Camiliño, por Dios, no me pegue más!" Impresionante.

En la fauna docente hay un personaje a quien los alumnos llaman Ojo Puto. Profesor fiel donde los haya, le ríe todo al jefe. Bizquea, es cierto, pero merece lo de Ojo Puto por el peloteo permanente a la voz de su amo.

Otro es D. José, a quien le pusieron Kakota, porque hace tiempo, se dice, le soltaron en clase un mono chico; se asustó y gritó "¡cojan al gorila!" Es el cura de la asignatura de Religión. Buena persona. A veces hace números especiales al repartir guantazos de mentira cuando le hacen perder la paciencia. Entonces, el alumno, cubre su cabeza con las manos y no recibe ninguno porque los da muy flojo. Así libera su agresividad y ellos se ríen.

El profesor de Política (Formación del Espíritu Nacional) es un falangista. Nos habla de los buenos y de los malos. Los malos son los rojos y dice de ellos cosas horribles. Así entiende la historia. El Caudillo es un digno pastor y el rebaño le debe obediencia para gloria y salvación de la patria. A los rojos los viste de "harapos". Los alumnos se impresionan.

"Cuando llegué a mi casa, pregunté a mi madre cómo eran los rojos, pues venía de la academia dándole vueltas a lo que dijera el profesor de Política. Mis padres callaron porque los tiempos no estaban para hablar de esas cosas. Entonces, una de mis tías, que estaba de visita, se echó a reír y me dijo "¿Tú quieres saber cómo son los rojos?" "¡Aquí tienes uno!" "¡tu padre!" Aquello me sirvió para saber que los rojos no eran lo que decía aquel profesor porque mi padre era bueno (un maestro depurado por el franquismo)."

"Una mañana al llegar a la academia, unos cuantos falangistas gritaban ante la puerta ¡A la manifestación! Decían que no habría clases, que fuéramos a un punto de la ciudad. Se formó un barullo y muchos nos fuimos por las calles en pequeños grupos y algunos al puerto. Los falangistas visitaron varios centros educativos y hubo una concentración con un discurso contra el comunismo. Al llegar a casa nos enteramos: los rusos invadieron Hungría. Era el mes de noviembre de 1956."

San Camilo es un astro que brilla con luz propia. Su presencia en la institución infunde carácter. Nada escapa a

su intenso influjo. La marca de la casa queda registrada en la mente de cientos de alumnos para el resto de sus días.

"Yo soy una madre y me asusté mucho cuando observé las nalgas de mi hijo. Era carne viva, el pobre no podía sentarse. Mi marido se indignó y quería ir directo a hablar con el director; si, con D. Camilo. No lo dejé y me costó convencerlo, no quise que ocurriera una desgracia. Fui yo quien estuvo discutiendo con él más de una hora. "¡Señora, usted no va a venir aquí a enseñarme pedagogía!" gritaba. "¡Usted sabrá mucha pedagogía de libro pero no tiene ni idea de llevarla a la práctica!" "¡No vuelva usted a pegar a mi hijo!" "¡Señora, su hijo quedará hecho un burro!", dando con el puño en la mesa.

A partir de aquello, preparé una capa de algodón para que lo llevara puesto con el fin de que no le doliera si le volvían a dar. ¡Cómo tenía las nalgas! ¡Lo que tuvo que soportar! Mi hijo no fue favorable. No quiso. Le daba vergüenza porque había visto a algún otro que al darle con la estaca en la Sala de Estudio, sonaba a fofo ¡plof plof! "¡Sáquese los trapos del culo!" le gritaba; y luego a reírse de él y darle más."

Lo que pretende el pedagogo de caverna es que los alumnos asuman sentimientos de culpa y se encarrilen contritos después de la aplicación de la terapia de palo.

Lo que consigue es desolación y angustia en las mentes pecadoras. Que les pongan ceros no son piedras en el camino hasta el fracaso estival, es mucho más junto a las palizas, insultos y desprecios. Son las alteraciones psicósomáticas que se cronifican de una o de otra manera

a lo largo de la vida y que afectan al sistema nervioso, aparato digestivo, etc.

"Una mañana salía como siempre de mi casa para la academia. Sin embargo, ese día, no podía dar un paso más; me empezaron a temblar las piernas y las rodillas me fallaban; me quedé sin fuerzas y no podía tenerme en pie; creí que me moría. Regresé a casa como pude y me metí en la cama. Mi madre se asustó. Le conté que esa mañana teníamos clase donde la mesa de los tormentos. Estuve en la cama unos diez días con la mente fija en lo que a cada hora sabía yo que estaba pasando en la academia. No tenía ganas de comer.

Vino el médico y nos dijo que lo mío era de una fuerte impresión nerviosa por el trato que sufrían los alumnos en esa academia, entonces no se hablaba de ataques de ansiedad. Nos aconsejó que dejara pasar dos meses alejado de aquello.

Cuando me encontré mejor fui a unas clases particulares. Era imposible volver a aquel infierno. Pasaron algunos meses hasta que, de casualidad, me encontré con Camilo de frente y le expliqué que venía de unas clases particulares. Me advirtió que tenía que regresar de inmediato a la academia, si no, me iba a suspender todo el curso y que repetiría.



En casa hablamos mucho de eso. Yo no quería volver; el rechazo era total, pero después de hablarlo me convenció la idea de que me iba a ir de allí al curso siguiente. Solo faltaban un par de meses para terminar. Regresé con esa condición.

Mi ausencia tuvo el resultado de que ni Camilo ni otro profesor me levantaron la voz. No obstante, mi madre fue a darme de baja, aunque él le insistió tanto en que me quedara porque valía para el estudio, etc., que mi madre me quiso consultar. Me opuse frontalmente. No acepté nada. Camilo se alteró mucho; quería que me quedara.

"¡Su hijo vale!", a gritos, "¡Si lo saca de aquí nunca hará nada!"

Con frecuencia, los conductos cerebrales sufren un bloqueo repentino en el justo instante de emitir una respuesta. Se impone el bloqueo ante una pregunta de la lección y es normal quedarse en blanco. San Camilo transmutado en Bestia recurre a golpes repetidos y no se agota, mas la catarsis que procura no se da. Lo que se da es un mayor bloqueo.

Basa su insistencia en que si en algún caso funciona tiene que funcionar en todos y que si no funciona hay que insistir en ello. En su cabeza no cabe que los palos bloquean aun más, porque la Bestia no cree en los bloqueos y el Santo piensa que la paciencia ha de tener su recompensa.

La espiral de locura no tiene techo; lloros y lamentaciones a diversos niveles, flojeo de piernas, estómagos encogidos y el corazón en un puño. Y aun dice que no quieren estudiar.

"Me duelen las rodillas y el médico dice que es una artrosis por algún esfuerzo. Me preguntó si jugué al futbol. Para mi eso viene de las largas jornadas de rodillas en la Sala de Estudio."

Lo de cerrar las ventanas para hacer opaca la vista desde el exterior es para ocultar a los vecinos lo que esconde en secreto: la ceremonia del palo y tente tieso. Ni se oyen llantos ni se ven las contorsiones. Luego vuelven

calentitos a la Sala de Estudio con las manos enrojecidas o las nalgas escociendo.

Por el contrario, en el exterior de la academia vende calidad. Muchos padres y madres tienen por buenos los correctivos siempre que no llegue la sangre al río.

En la España del maltrato en un régimen totalitario, el garante de que se respete la ley y se mantenga el orden consiste en pasar a los alumnos por la piedra. En unos casos se pone más empeño en ello y en otros menos, pero todos creen que se lo tienen que agradecer. Por eso al contradecir al Santo y volcarle en la cara su rol de Bestia, cosa que ni admite ni comprende, responde con palizas. El interés de la academia flota sobre el interés de los alumnos "¡Cierren las ventanas!"

Camilo es una foto fija en la memoria. Muchos quedaron callados para siempre, puesto que sacarlo a relucir les hace sentirse mal y su salud mental no se lo permite. Otros mantienen la distancia y no les hace daño buscar comprensión en los oyentes para que tomen nota de aquellos descomunales métodos de enseñanza de los que el maltratador salió indemne luciendo en los salones un rol de tipo interesante. Por el contrario no salieron indemnes quienes lo sufrieron. El cielo cerrado, el infierno abierto y el Altísimo jugando a los dados.

"Yo no olvido lo que allí hemos visto y sufrido. ¿Hubiera sido mejor no haberlo sufrido? sin duda alguna. Así no hubiese tenido en la vida ciertos bajones emocionales. Los que no lo sufrieron, o bien no tenían sangre en el cuerpo o se fueron a tiempo de la academia o eran hijos de algún

pez de los gordos a los que Camilo les tuviera respeto o, si se quiere, miedo. Conocí algunos."

El terror está allí en traje y corbata con nombre y apellidos. El furor crece cuando aprieta la mandíbula con el entrecejo arrugado. Entonces bullen los fantasmas de la mente, los gases digestivos, la opresión en el pecho, la falta de aire y la flojera en las piernas.

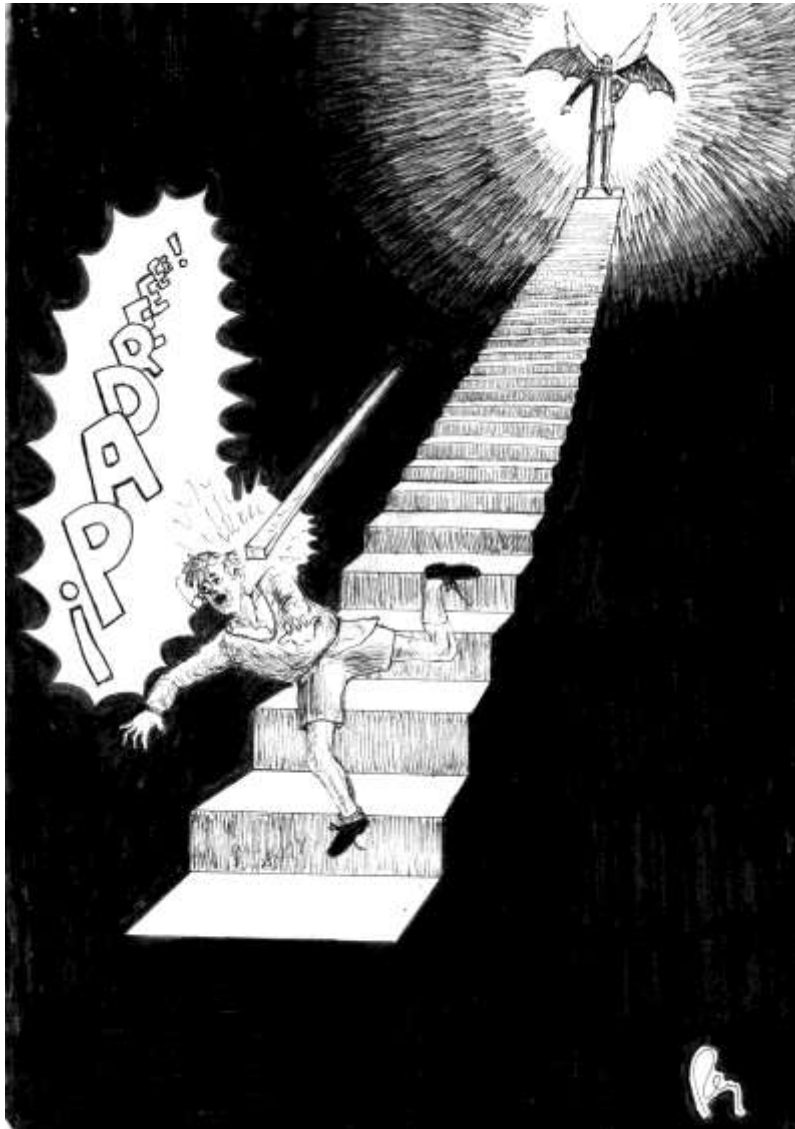
"...la tarde me dejó cuando yo ya no era, y la noche llegó cuando nada quedaba..."

(recita quejumbroso)

"Una mañana comenzó la clase con un discurso quejándose de la visita de una madre que viniera a molestarlo por la culpa de su hijo. Nos mandó poner de pie y tenía a su lado a Ojo Puto asintiéndole sumiso.

Aquella boca hablaba sin cesar de la pedagogía que sabía, que si ella aun bañaba a su hijo, que si iba a darle lecciones a él, que lo que él hacía bien hecho estaba. Y allí, a su lado, Ojo Puto, moviendo la cabeza complacido ante la clase puesta en pie. No obstante, si bien daba la impresión de que iba a señalar al alumno, mostrarlo y ridiculizarlo, el acto acabo sin más."

En el mundo subterráneo de la Sala de Estudios se cuenta que en una ocasión un alumno bajaba a saltos por las escaleras desde la planta superior y que arriba estaba Camilo con un puntero de señalar mapas que blandía contra el fugitivo, a quien reclamaba volver. Y que se lo lanzó alcanzándole, escuchándose un ¡ay! tan lastimero que conmovía. Y que era su propio hijo.



"Yo también escuché esta historia y creía que había sucedido de verdad, porque pensábamos que era capaz de maltratar hasta a su propio hijo."

El halo santísimo de la estaca preside la academia y aunque no todos los profesores lo secundan, callan y consienten. Qué buena gente son.

"Estaba yo en la primera fila y la clase había transcurrido con tranquilidad, sin gritos ni palos. Se despidió muy amable y cuando justo salía se volvió enfurecido y me dijo "¿quién se fue?", ante mi perplejidad, porque no había visto salir de allí a nadie. Lo volvió a repetir y esta vez

me dio un fuerte bofetón. Luego, sucesivamente fue interrogando a otros tres: "¿quién se fue?" Y a cada uno el correspondiente guantazo. Finalmente, un compañero de la última fila se puso en pie y con voz entrecortada dijo "¡Fui yo... perdone!" "Bien, bien", habló Camilo, "pues no vuelva a hacerlo más". Así reaccionó ese hombre. A los que no habían visto salir a nadie les calentó la cara, y al otro "¡No lo vuelva a hacer más!" Con aquello aprendí que en el vocabulario de Camilo irse era también echarse un pedo."

Memorables castigos hasta las nueve de la noche. En el exterior reina la oscuridad. Soledad en las calles. Farolas de pena matizan estrambóticas sombras. El silencio en las esquinas, en los cruces... enlaza espacios vacíos y se encoge la ciudad provinciana mucho tiempo antes de la Reconversión Industrial.

Los castigados repasan lecciones y los párpados caen mientras el vigilante del segundo turno pasea entre las filas de pupitres. El tiempo transcurre. El recuerdo de las seis de la tarde es el paraíso perdido. El bifronte maltratador a disfrutar de su paz hogareña.

"... Lloran golondrinas sueños etéreos / sombras del Retiro encrespan silencios / y allá en lontananza / mi añorada tierra"

(Final. Aplausos. Más lágrimas)

Todavía resuenan aplausos y, a su lado, docentes aduladores le reclaman un poema más. Un par de

mariposas profesor se acercan a abrazarle. Pajarillos sin alas aplauden de mentira.

Lágrimas de cocodrilo resbalan mejillas exultantes y el Santo Bestia en los altares. ¿Cómo va a ser mala persona este perfecto maltratador que hace versos y sublima la tarde con esas palabras que hablan de amor y de morriña? La Sala de Estudio es una bonanza después de la tormenta. Para el lunes se pronostica un fuerte temporal.



* Los versos que aparecen atribuidos a Camilo, los sugiere el autor del relato.

* Doniños: lugar enxebre de la costa ferrolana.

Agradecimientos:

- A SIRO LÓPEZ LORENZO (Ferrol), porque levantó la "liebre Camilo" en La Voz de Galicia, lo que me motivó a dar forma definitiva a un relato que tenía archivado en borrador desde hacía muchos años.

- A ANA RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, del Puerto de Curuxeiras (Ferrol Vello) Ferrol; joven estudiante, de la generación Z, por su valioso asesoramiento en la versión galega de este relato.

=====

Camilo Fernández: El Director del Colegio Academia Rapariz.

Manuel Lojo: El Jefe de estudios. En el relato es el androide vigilante; también fue conocido como El Tato entre los alumnos.

Gerardo: "Patata". E que pedía que escogiéramos entre la cara y las nalgas.

=====

lavoze galicia

https://www.lavoze galicia.es/noticia/ferrol/2013/01/27/rapariz/0003_201301F27C16993.htm

Ferrol

Rapariz

Por Siro



Siro

O Colexio Academia Rapariz levaba o nome do primeiro propietario, José Rapariz, pero cando eu entrei os donos eran Antonio Ramil e Camilo Fernández, que exercía de director. Con once anos empecei o bacharelato enriba do Cinema, e en terceiro pasei, con todos os demáis, ao novo edificio, no Ensanche.

En Rapariz había bos profesores, como don Manuel Fuertes, Leyra Domínguez, dona Eladia -sempre tan guapa e tan elegante-, Rosa Masdías, a filla de don Manuel, tan simpática coma o pai? ; pero outros eran verdadeiramente pintorescos. Os profesores de debuxo eran dous: Mickey, que pintaba a carteleira do Cinema, e don Víctor, que non pintaba nada, porque non sabía e non tiña máis relación coa arte que certa afección á fotografía. Pero o peor de Rapariz era a crueldade extrema do director, que aplicaba aos alumnos un castigo físico e psicolóxico, que, sen pasar por aquelas aulas, ninguén pode imaxinar.

Nos primeiros anos do franquismo don Camilo tivo moito coidado de non maltratar os alumnos, os máis deles fillos dos vencedores, e ao chegar a democracia volveu embridar a ira que o levaba a mallar nos rapaces ata quedar sen alento.

O castigo físico impartíao cunha estaca grosa, golpeando as palmas das mans e os glúteos dos rapaces, non unha vez, nin dúas, senón dez ou vinte, segundo lle cadrase; pero en ocasións usaba as mans, como o día que lle lanzou a pluma estilográfica a José Manuel Rodríguez Pita, e, ao darse conta de que esgallara o plumín, botouse ao neno, que tiña doce anos, agarrouno polo peito, levouno contra a parede e deulle tantas pancadas nun lado e outro da cara, que o rapaz, case desmaiado, suplicoulle: -Por favor, no me pegue máis. E don Camilo volveu á realidade, recolleu a pluma do chan e berroulle: -¡Debería hacer que me la pagara!

O castigo psicolóxico impartíao atacando a dignidade do alumno. Aos rapaces que viñan do medio rural e tiñan acento galego, dicíalles textualmente: ¡Aldeano, es usted un aldeano. Y su padre es otro aldeano. Seguro que su padre come con boina!

Palacio Valdés fala dun ensinante semellante e chámalle sanguinario. Eu non podo dicir eso de don Camilo, porque temía o sangue. Estabamos en terceiro cando fixemos desaparecer a estaca e foi buscar outra; atopouna, pero non se decatou de que tiña unha punta e ademais oxidada. En canto bateu na man de Salvador Vázquez Amado, o neno lanzou un ¡Ai! tremendo, e un chorro de sangue subiu un metro en vertical. Don Camilo quedou aterrado, berroulle ao rapaz que o acompañase, e el mesmo fíxolle as curas e púxolle a vacina antitetánica.

Salvador era da aldea e vivía cos tíos, que tiñan unha droguería na rúa Galiano. Aquela tarde a tía, disgustada e nerviosa, chamou a don Camilo para queixarse, e el defendeuse atacándoa, ata que a pobre muller se botou a chorar e non soubo máis que chamarlle maleducado. Don Camilo fixo escarnio do neno diante de todos: -¡Su tía, esa aldeana que ni hablar sabe, se atrevió a llamarme a mí maleducado?!

Pido perdón aos lectores por contar estas cousas horrendas nunha serie na que tento ser amable con todo o mundo e recordar cun sorriso nos beizos; pero así era o colexio Rapariz, e tiña que dicilo. Debíallo a Salvador Vázquez Amado, que morreu poucos anos despois do incidente. El e eu deixamos o colexio ao rematar o curso.

siro@siroartista.com

lavozdegalicia

https://www.lavozdegalicia.es/noticia/ferrol/2013/02/03/mais-sobre-rapariz/0003_201302F3C16993.htm

Máis sobre Rapariz

Por Siro



3 de febrero de 2013

Ao escribir o artigo do domingo pasado non pensei nos descendentes de don Camilo, e lamento sinceramente a dor que lles causei. Podería dicir o mesmo con menos cruza, pero levei ese artigo dentro de min durante cincuenta e sete anos, e tiña que saír así. Ao expresar públicamente o que xa dixen en privado aos dous netos, portavoces da familia, quero tamén agradecerlles o respecto, a comprensión e mesmo a xenerosidade que me demostraron no intenso cruce de correos que tivemos esta semana.

E volvo ao colexio Rapariz de mediados dos anos cincuenta, que pasaba por ser o mellor de Ferrol porque era o que conseguía máis aprobados nos exames de Reválida. A verdade é que os máis dos profesores eran competentes e honestos, pero habíaos que non eran nin unha cousa, nin outra.

Cando entrei, con dez anos, mandáronme a grado medio, na antiga Academus, onde tiven de profesor a don Juan Checa, un comandante de Infantería, que non sei a que horas ía ao cuartel porque daba clase mañán e tarde. Era boísimo no manexo do punteiro, pero tan mal ensinante que os alumnos seus que conseguían acceder a grado superior contábanse cos dedos dunha orella, que diría o Périch. Eu pasei, pero tan mal preparado, que todo o curso fun o último da clase.

En grado superior e despois no bacharelato deume varias asignaturas un home sen titulación ningunha, que, sen embargo, podería ser bo profesor se non se encirrara en demostrar ante as caras dos alumnos unha rapidez de mans que para si quixeran Joaquín Alejos, Fred Galiana, Luis Folledo e outros grandes púxiles do momento. Fumaba Caldo de gallina e aborrecía

os Peninsulares, e un día que quedou sen tabaco mandou a Cañoto -quen, acadaría triste sona como inspector de policía no 72- a mercar un paquete ao estanco. Cañoto foi, pero non volveu. Guiado por outro alumno, o profesor atopouno xogando ao billar, co seu diñeiro, na rúa Magdalena, e cando lle preguntou polo tabaco, Cañoto meteu a man no peto e sacou uns Peninsulares. ¡As que lle deu!

O xefe de estudos de Rapariz era don Manuel Lojo, de quen aínda hoxe sei imitar a letra e a firma, de tantas veces que as falsifiquei para os compañeiros que chegaban tarde a casa. Cando Lojo marchaba, substituíao Paco Cobas, quen, andando o tempo, sería amigo meu. Paco non era un maltratador, pero se os rapaces empezabamos a moquealo berrándolle, un tras outro: «Don Paco, ¿puedo ir al water?», quitaba o reloxo e empezaba a repartir labazadas. No meu curso estaba un rapaz baixiño, timidísimo, moi estudioso, que necesitaba orinar cada pouco. Paco non o sabía e cando o oiu pedirlle, con voz tremelante, para ir ao water, zorregoulle unha pancada e púxoo de xeonllos no corredor. Pero o rapaz mexábase de verdade e en canto Paco lle deu as costas, correu primeiro aos aseos e despois a casa - nunha zona aínda rural, moi perto do Ensanche-, a contar o que lle pasara. A nai acompañouno e entrou no colexio co pano na cabeza e as mans baixo o mandil; preguntou por don Camilo e berrou con el. Don Camilo, contemporizador, mandou chamar a Paco, e, en canto o viu diante, a señora preguntou ao rapaz: «¿Foi este?». O rapaz asentiu, a señora sacou de debaixo do mandil unha chave inglesa e deulle a Paco tal golpe no medio do cráneo, que o seu «¡Ai!» se escoitou en todo o colexio.

A aquel alumno non lle pegou ninguén nunca máis.

siro@siroartista.com

=====

Algunas opiniones en Internet

Carlos Fernández Alonso

Recuerdo haber pasado un verano de recuperación en rapariz era un colegio bueno pero de los la letra con la sangre entra, la regla era el instrumento de castigo. D.Camilo era el puto amo que se dice y cuando él se aplicaba en el castigo era especial.

Juan Luís Fernández

Claro que marcaban las palizas que daban y no los quiero nombrar y todos sabemos

=====

En el blog de Jesús Máiz Vázquez:

<https://artabro.blogspot.com/p/autor.html>

<https://artabro.blogspot.com/2003/12/rapariz-colegio-academia.html>

El título "RAPARIZ, Colegio Academia" (al blog) es un homenaje a cuantos chavales sufrieron en sus carnes el sistema particular de "enseñanza" que en ese colegio practicaban, y todavía le tienen amor a la humanidad. Supieron superar aquella etapa de sus vidas, solo porque eran jóvenes.

Jesús Máiz Vázquez

Don Manuel, alias "Tato", hizo oír su voz sobre el murmullo de doscientos estudiantes en aquel aula de estudio, le llamaban así, a un local de treinta metros de largo por ocho de ancho, una especie de garaje con pupitres y bancos, que servía para que los alumnos, entre clase y clase, con un libro de texto abierto hacían que estudiaban, esperando su suerte.

Ponga la mano, chico. Tato se dirigía a mí, no me lo podía creer, solo había correspondido con una sonrisa al saludo cariñoso de los compañeros de mi hermano mayor. No llevaba en el Colegio Academia RAPARIZ, ni un cuarto de hora y ya iba a recibir mi primera ración de palos.

Miré a mi hermano y a sus compañeros... estaba solo. Comprendí que de esta no me libraba, mi primera lección. Tato, me cogió la mano derecha y descargó con la fuerza de un hombre cinco palos, con una estaca de madera que siempre llevaba, de unos cuarenta centímetros de larga, por cinco de ancha y tres de gruesa. El dolor, con la rabia y la impotencia, me penetró hasta lo más profundo. Retorciéndome me separé de él, pero iluso de mí, aquello no había acabado. Me faltaban otros cinco en la otra mano.

Al acabar, me dijo: **Póngase de rodillas, chico**. De forma que sin darme apenas cuenta, estaba de rodillas cara a la pared, debajo de los percheros que circundaban el aula, con un libro abierto en el suelo, no podía sostenerlo en las manos, haciendo que estudiaba. Tenía once años y aquel día era el primero, de los que viví en los cuatro años siguientes.

Gonzalo

Nací en 1954 y tuve la mala suerte de estudiar 6 años en Rapariz y lo que pasé allí no se lo deseo a nadie.

Unknown

Me llamo Jorge Ángel Moas Arriví estudié todo el bachillerato en Rapariz. Nací en 1948.

Me acuerdo de Tato, Camilo, las señoritas Miño y Usero, la persona, la Chosca, etc. Estudié con Rodríguez Beceiro, Piñón, Coira, Tenreiro, Varela y muchos más.

Me he dedicado a la Sociología y vivo en Madrid desde hace muchos años. Me gustaría veros de nuevo. Un fuerte abrazo para todos.

OpaRapariz

Por lo que se ve debiste estudiar por un tubo, pero en Rapariz no.

Ártabro

¿Cómo se puede estudiar en un campo de concentración?

Anónimo

Sí, es verdad que había castigos que hoy en día resultan imposibles de ver en un colegio. Yo mismo probé la "vara" alguna vez (la de Tato, por ejemplo). Pero también recuerdo que pasé buenos momentos con mis compañeros. Y que yo recuerde, no vi ningún campo de concentración allí.

Ártabro

Los campos de concentración muchas veces no aparecen, a la vista, con alambradas y vigilantes armados. Hay que buscar en sus métodos de terror la finalidad del establecimiento. Si el sistema de educación de los jóvenes se basa en el miedo al palo y la mayor arbitrariedad en su administración, con castigos corporales, bofetadas, insultos, tiempos de estudio de rodillas, golpes en las manos o en la cabeza, en caso de resistirse, con palos hechos a medida para ello, ya me dirá usted si no se le puede llamar "campo de concentración" a eso. Que usted lo haya pasado bien con sus compañeros, se supone estudiantes, es tan natural como posiblemente les pasaba, algunas veces, a los judíos en los campos nazis. Eso no quita ninguna responsabilidad a los nazis en sus métodos, como en este caso al Colegio Academia RAPARIZ en los suyos. ¿En qué lado estaba usted? ¿En el de los maltratadores o en el de las víctimas? Por su respuesta, creo adivinarlo.

Anónimo

Pues hoy en día parece que la cosa está al revés: alumnos que insultan o cometen vejaciones o golpean a los profesores. Ni una cosa ni la otra, en eso estoy de acuerdo. Pero eso sí: disciplina en un colegio debe y tiene que haberla, porque vaya educación que tenemos actualmente comparada con la de hace años (la que yo tuve, y por cierto, en Rapariz, allá por los años 60 y pico). Por cierto, yo también probé más de una vez la famosa "vara" de Tato, pero no tengo queja de la educación que recibí, muy buena por cierto.

Ártabro

No sé muy bien a quien representa este segundo anónimo, a la persona que se esconde tras el anonimato para decir lo que sin duda con su nombre y apellidos no se atrevería o sigue la línea del primer anónimo que, por una casualidad casual es el mismo individuo sin identificar. Eso es educación, sí señor.

Escudarse en una generalidad sobre los alumnos actuales para justificar al Colegio Academia RAPARIZ, es de nota. Y permítame decirle, que la supuesta educación recibida, basada en la memorística, no le ha beneficiado, a la vista de sus argumentos. La próxima vez tenga la gallardía de identificarse, es de buena educación hacerlo para entablar debate.

Carla

Estoy realizando un trabajo para Historia de la Educación en la Universidad de A Coruña, sobre la educación en los años 60, y para ello quise recoger experiencias vividas en primera persona. Me he centrado en las diferencias entre la educación pública y privada, y he de decir que las declaraciones recogidas por mi padre, nacido en 1956, estudiante en Rapariz, me han dejado de piedra. He escuchado hablar sobre "Tato", y sobre el "queridísimo" director "Don Camilo", y puedo asegurarles que he podido sentir su famosa vara en ese aula de estudio cada vez que mi padre hacía mención de ella. No sé si tengo el criterio suficiente para opinar sobre algo que no he vivido en primera persona, pero solo con escuchar lo que mi padre vivió se me pone la piel de gallina y siento la necesidad de dar mi opinión. No sé si usted (hablo para el anónimo) aprendió mucho o poco. mi abuela aun hoy en día esta orgullosa de haber mandado a mi padre a esa escuela porque afirma que aprendió más que nadie, pero lo que está claro es que lo que usted aprendió, lo aprendió porque si no lo hacía hubiese tenido muchas citas con la vara de Tato, y esa forma de educación me parece una aberración. Atenta contra los Derechos Humanos, contra la libertad de expresión. Esa no es forma de tratar a ninguna persona, y menos a unos críos de 12 años. La situación política de la época fue la que provoco tal represión y tales métodos de enseñanza, y si usted cree que es comparable a lo que hoy en día ocurre, o cree que a eso se le puede llamar disciplina, perdóneme si le ofendo, pero si todas las personas fuesen como usted, siempre seguirían gobernando los mismos y volveríamos a lo que usted llama una "buena educación". Estoy orgullosa de haber nacido en los 90, porque tengo derecho a una educación pública y laica y seguiremos luchando por lo que tenemos, porque la educación no tiene que ser un privilegio, que lo es, tiene que ser un derecho para todas las personas. Ir al colegio a aprender porque te gusta, no porque si no lo haces vayas a recibir palos.

Finalmente decir que me alegro de haber encontrado este blog, y espero poder seguir obteniendo cualquier tipo de información en otros lugares acerca de Rapariz. Un saludo

Rafael Moreno Tapia

Si alguien tiene mucho interes en el Colegio Academia Rapariz de los años inmediatamente después de la guerra que se ponga en contacto conmigo. Fui alumno desde 1941 y las anécdotas son espeluznantes. Y si vive alguno de mis compañeros de entonces, que también se ponga en contacto conmigo, rf8535@gmail.com.

Ignacio

Buscando información para refrescar vivencias me he encontrado con este blog.

Estuve unos años, hasta los 11 en el colegio Rapariz, en la especie de sucursal que montaron en una finca entre La Cabana y la Graña. Hablo de finales de los años 50 y primeros 60. Todavía recuerdo como si fuese hoy muchas de las cosas que en ese "centro educativo" ocurrían. Creo recordar que el director era uno de los hijos de Don Camilo.

Golpes con la regla o el "cuadradillo" en las mano o en la cabeza, hasta el ensañamiento; bofetadas o golpes con los nudillos, todo ello, casi siempre por fruslerias como no seguir el ritmo de un dictado, una gota de tinta en el cuaderno, o no apuntar correctamente sobre el mapa con el puntero la situación de un afluente cualquiera del Rio Duero... A tal punto se aterrorizaba a los alumnos que a la hora de salir de casa para ir al colegio nuestras madres nos llevaban un buen trecho arrastras porque nadie quería ir.

Alguien calificó de educación de calidad la que se impartía en ese centro de tortura. Esa afirmación no resiste el más mínimo análisis pedagógico. Ni tan siquiera con los parámetros de la época, no digamos de la actual. Chicos y Chicas, en aulas segregadas -que gran preparación para la vida- algo a los que algún sector de la España de hoy pretende volver, aprendíamos a memorizar, igual que se puede enseñar a un loro y , todavía hoy podemos recitar de memoria cabos y golfos de la península o los afluentes por la derecha del Río Tajo... en fin educar para la nada, pero cobrando... en una España negra en la que el acceso a la cultura era un lujo que las familias obreras, como la mayoría en la zona, no se podían

permitir... por eso "solo" alcancé a estar en ese nefando lugar hasta los 11 años.

Afortunadamente, a pesar de la dictadura, las cosas comenzaron a cambiar - mucho más cuando esta desapareció- el desarrollismo que caracterizó esa época precisaba ya de gentes más formadas... pero esa es otra historia. Sigue así, Jesús

Unknown

Si no recuerdo mal, esa sucursal se llamaba colegio Valle-Inclán, y el hijo de Don Camilo era Don Ernesto, me acuerdo perfectamente. Yo estudié en Rapariz, en la calle Cuntis, hasta séptimo de EGB, y de allí pasé a Valle-Inclán en Xoane, donde estuve hasta los 15 años que yo recuerde. Viéndolo ahora después de muchos años, las experiencias vividas allí servirían para hacer una película, de Buñuel por lo menos ...

Unknown

Yo estudié en valle Inclán. Es el último colegio que pensé para mis hijos. Desde luego no los matriculé allí. Es un tortura que un niño vaya con miedo al colegio o con la comida atragantada por qué la primera clase era con D. Camilo o con su hijo.

Solo espero que esa situación haya cambiado.

Carlos

Estudié del 72 al 79 y aún después del franquismo sufrí en mis carnes el dolor físico y psicológico de las varas las bofetadas los insultos y vejaciones de semejantes energúmenos. Los nombres los conocemos todos los que por allí pasamos, dios les perdone porque lo que es yo en la vida... algunos quedan con vida aún... pobres desgraciados

=====

Man Castro, en Facebook, FERROL nos Mola

COLEGIO ACADEMIA RAPARIZ

...Sabéis que este colegio fue fundado por José Rapariz, de ahí le viene el nombre. Luego le sucedieron Antonio Ramil y Camilo Fernández. Estuvo ubicado encima del Cinema y pasó más tarde a la zona del Ensanche. En su nómina hubo buenos profesores, entre ellos el académico Torrente Ballester y el abogado, pintor e intelectual Leyra Domínguez. Es recordado por ser un colegio que practicaba el castigo con una especial dureza. Antiguos alumnos, entre los que a buen seguro habrá "ferrolmolantes", acumularán innumerables anécdotas, pero probablemente casi todas relacionadas con el método de enseñanza que se aplicaba en aquellas temerosas aulas, algo que, todo hay que decirlo, era más o menos común en las escuelas durante el franquismo.

El editor, escritor, investigador y traductor Luis Alonso Girgado escribió dos artículos sobre este colegio en el Diario de Ferrol, hace cuatro años, en el 2014. Entre otras cosas señalaba " a algunos profesores se les llenaba la boca con los insultos: "tarugo", "anormal", "animal", "atrofiado". Salvaba a algunos docentes, entre ellos a Leyra Domínguez del que dice que muchas veces le daba pena el trato que se daba a los alumnos y eso le llevó a enfrentarse en alguna ocasión a la dirección "para defendernos".

=====

"Sórdida academia Rapariz, nido de pederastas" (Sergio Campos Cacho)

Sergio Campos Cacho en su artículo "**Gonzalo Torrente Ballester y su compromiso con la realidad**", sobre la época en que Torrente Ballester fue profesor en la academia Rapariz, califica al Rapariz de aquel tiempo (1933) de nido de pederastas:

*"Torrente compagina su trabajo como profesor en la sórdida academia Rapariz, nido de pederastas" * (les negritas las pongo yo)*

* Dossier ObT.Literaturas

Artículo citado

<http://www.labibliotecafantasma.es>

=====

